

*Tchaikovsky*

# Genio impredecible

Guadalupe Loaeza

*Piotr Ilich Tchaikovsky es uno de los compositores más escuchados y populares de la música clásica. Dotado de un genio inigualable, el compositor ruso es una suerte de parteaguas entre el romanticismo y el modernismo musical. Guadalupe Loaeza aborda en este texto algunas de las zonas menos conocidas de su obra y de su biografía.*

Tal vez sea imposible explicar o tratar de comprender las motivaciones que llevan a una persona a tomar “la puerta falsa”. Siempre habrá razones fuera del alcance de todos aquéllos que rodean a alguien que ha decidido tomar esta terrible determinación. Sin embargo, no queda más que aceptar y respetar el suicidio por más difícil que sea, pues se trata de una acción que no tiene remedio.

Sin embargo, tenemos que decir que son muchos los caminos que una persona puede seguir para quitarse la vida. Pero, ¿podemos suponer que se trata de un suicidio cuando alguien trata de manipular todas sus circunstancias con el fin de morir? No cabe duda de que se trata de una pregunta sumamente inquietante ya que hay quienes toman riesgos sin tener conciencia del peligro.

En este texto recordaremos a Piotr Ilich Tchaikovsky (1840-1893), el gran compositor ruso, autor del ballet *El lago de los cisnes*, la suite del *Cascanueces* y *Romeo y Julieta*. ¿Pero es que Tchaikovsky tomó el camino del suicidio? ¿Qué no todas sus biografías dicen que su muerte se debió a una epidemia de cólera que azotó Rusia? ¿Es que tenía motivos para quitarse la vida? Aun cuando cada vez es más insistente el rumor de su suicidio, lo cierto es que desde hace muchos años (en la década de los veinte) ya se hablaba de esa posibilidad. Incluso, se dice

que hay muchas biografías en el mundo en las que se da por sentado que Tchaikovsky murió por ingestión de arsénico. Pero hablemos de la vida de este compositor tan apasionado para tratar de conocerlo y comprenderlo mejor.

Desde muy niño, Piotr o Petichka (como le decían de cariño), fue sumamente frágil, tímido y ensimismado. Por si fuera poco, el asma le impidió tener amigos ya que su educación fue llevada por maestros particulares que le pagaba su familia. Su padre, Iliá, era un ingeniero minero y su madre, Alexandra d’ Assier, descendía de una familia de inmigrantes franceses. Cuando Piotr nació, su padre acababa de ser designado director de varias fábricas metalúrgicas en un pequeño pueblo de los montes Urales llamado Votkinsk.

Dicen que el pequeño Petichka tenía una especie de máscara que usaba en público, pues siempre aparecía en todos lados con una sonrisa o con un gesto impasible. Cuando los demás niños lo criticaban o le hacían bromas, él se mostraba serio y a veces se reía discretamente de los chistes hirientes. Sin embargo, apenas llegaba a su casa, era víctima de terribles ataques de llanto, de histeria y hasta de convulsiones y desmayos.

Cuando cumplió los trece años, finalmente fue inscrito en una Escuela de Derecho. En ella conoció a Alexei

Apukhtin (1841-1893). Todo mundo veía al joven Alexei con admiración ya que, a pesar de sus doce años, era visto como un “prometedor poeta”. Este joven era admirado por sus compañeros, por sus profesores y hasta por el director de la escuela, pues se decía que el famoso escritor Turgueniev había leído y aprobado sus poemas. De inmediato, ambos jóvenes se enamoraron; Nina Berberova, en su libro *Tchaikovsky* (Aguilar, 1987), dice que Alexei “le enseñó a fumar; se escapaban al fondo del largo pasillo y allí, aunque no se procuraban un auténtico placer ni se divertían con un juego prohibido, saciaban al menos una imperiosa necesidad. Para Tchaikovsky, fumar siguió siendo toda la vida la satisfacción de una necesidad narcótica”. Aunque Piotr había sorprendido a su nana Fanny a los cuatro años con su talento por la música, y aunque ya sabía tocar el piano, lo cierto es que con Alexei descubrió que su verdadera vocación era el arte, y más específicamente, la música. Con él y con otros compañeros, iba “a la ópera italiana que tanto le gustaba... También le gustaba cantar, con su aguda voz de tenor, en los coros, en las misas matinales”.

Por suerte, Ilia Petrovich se dio cuenta de que un talento muy especial se encontraba en su hijo, aun cuando todo mundo le decía que Petichka no tenía ningún talento. Así es que contrató a un profesor de piano para que le diera clases los domingos por la mañana. Sin embargo, este maestro, luego de seis años de clases dominicales, le dijo a su padre: “No, Piotr Ilich Tchaikovsky carece de talento. Posee cierta capacidad, no toca mal. Pero ¿qué más? No, no le veo posibilidades de acometer una carrera musical. Además, ya es demasiado tarde, va a cumplir veintiún años”.

A pesar de las palabras del profesor, esa misma noche, a la hora de la cena, Ilia le dijo a su hijo: “En mi opinión, Petrusha, tú tienes talento, deberías hacer compatible el ministerio y tus ocupaciones musicales y no es aún demasiado tarde para que te conviertas en un artista”. Qué bueno que el padre de Tchaikovsky confiaba tanto en su hijo, ya que no sólo el profesor tenía esta mala impresión del joven estudiante: también el propio Piotr desconfiaba profundamente de sus capacidades musicales. Dicen que esa misma noche, le dijo a su padre: “Pero si yo soy muy mayor. ¿Usted quiere que yo sea Mozart a los veinte años?”.

Luego de un viaje de dos meses por Europa, Tchaikovsky fue enviado a San Petersburgo. En esa ciudad se acababa de abrir una escuela de música. Dicen que nadie tenía confianza en los profesores ni en los alumnos. La prensa se dedicaba a hablar mal de Antón Rubinstein, el director. Sin embargo, poco a poco, los jóvenes se iban acercando a las clases. Ahí escuchó a Wagner, quien fue a dar un concierto. Igualmente, pudo conocer a Franz Liszt, quien se encontraba en Rusia dando recitales de piano. Por último, viajó a Moscú en donde hizo amistad con los mejores músicos de su tiempo como Borodin,



Piotr Ilich Tchaikovsky

Rimski-Korsakov y Mussorgski. Pero no vaya a pensarse que estos músicos vieron con interés a Tchaikovsky, sino todo lo contrario, ellos pensaban lo mismo que su maestro de piano, es decir, que no tenía ningún talento musical. Por esos días, compuso uno de sus primeros poemas sinfónicos, al que tituló *Fatum* (“Destino”) y se lo dedicó al prestigiado músico Mili Balakirev. Qué feliz se sentía el joven compositor al poder dedicar su obra a uno de los músicos que más admiraba. Lo que no se esperaba era que Balakirev le dijera: “Tu obra es un barullo horrible y el título le queda mejor a una marca de cigarrillos”.

El joven reaccionó como estaba acostumbrado a hacerlo, sólo sonrió y le dijo que estaba dispuesto a componer algo mejor. “Intentaré hacer algo más bonito, algo que le guste más”. Así es que regresó a su estudio y se dedicó a otro poema sinfónico, al que tituló *Romeo y Julieta*. Al escuchar esta nueva obra, Balakirev sólo comentó lo siguiente: “El primer tema no me gusta, no tiene ni belleza ni estilo. En cuanto al tema en Sol menor, es más bien una bella introducción al tema. El primer Re mayor es bello, pero algo confuso. El segundo Re bemol mayor es realmente encantador. Tan sólo querría decirle algo en relación con dicho tema; hay muy poco amor y demasiada pasión lánguida, con un sabor algo italiano. En una palabra, nada de eso funciona y hay que cambiarlo todo de nuevo”.

Por esos días, en 1869, Tchaikovsky conoció a una cantante francesa llamada Desirée Artôt. Todos los aficionados a la ópera estaban embelesados con su voz, todos la admiraban y todos querían conocerla. No obstante, Desirée no era lo que pudiera decirse una mujer agraciada. Al



El lago de los cisnes, Teatro Bolshoi de Moscú

contrario, era más bien gorda y a sus treinta años seguía siendo virgen. Cuando Piotr la escuchó cantar por primera vez, quedó impresionado por su voz y por su personalidad. Hay que recordar que el joven compositor se sentía presionado socialmente a enamorarse de alguna mujer. También se encontraba presionado por su padre, quien cada vez con mayor insistencia le pedía que pensara en el matrimonio. Así es que Tchaikovsky, tratando de cumplir con las expectativas de su padre, le escribió la siguiente carta: “En primavera conocí a la señorita Artôt, pero tan sólo la vi un día en que fui invitado a cenar después de su espectáculo. Cuando regresó en otoño estuve un mes sin verla y nos encontramos azarosamente en una velada musical. Le prometí visitarla, pero no habría cumplido mi promesa si no me hubiera llevado a su casa Antón Rubinstein, que estaba de paso por Moscú. Después me invitó casi todos los días y me acostumbré a visitarla por las tardes. Muy pronto sentimos nacer en nosotros un tierno sentimiento y entonces nos declaramos el uno al otro”. Dicen que cuando el padre del compositor recibió esta carta, comenzó a llorar de emoción. Seguramente, tenía mucho miedo de que a Tchaikovsky no le gustaran las mujeres, como decían los rumores que se escuchaban en Moscú. Así es que le aconsejó a su hijo que se casara. Ambos enamorados decidieron darse un tiempo hasta el verano siguiente para tomar una decisión. Desirée debía salir de viaje al día siguiente de su entrevista con Piotr, pero lo que nadie sabía era que un músico de Moscú, Nicolai Rubinstein, fue a ver a la cantante antes de su partida para decirle: “Es mi deber ponerte sobre aviso acerca de las tendencias de Tchaikovsky”. Desirée se fue de Rusia y un mes después ya estaba casada con un barítono español, Mariano Padilla. Dicen que era un cantante sumamente tonto pero que se encontraba completamente enamorado de la cantante francesa.

Para muchas personas esto podría ser una auténtica tragedia, pero no para Tchaikovsky. Lo cierto es que no tuvo tiempo para pensar en Desirée, sino en su propia fama. A partir de sus treinta años, el compositor comenzó a conocer la fama de su música. Lo tocaban en Francia, en Italia y en Alemania. La gente lo quería conocer, pues era toda una novedad la música tan delicada que venía de un país famoso por su música marcial. Nosotros pensamos que el compositor no sufrió demasiado con la partida de su prometida, pues durante esos años tuvo una gran cantidad de amantes; entre ellos podemos mencionar a su criado, sus alumnos, su sobrino y hasta el hijo de un duque al que le daba clases, los criados de sus amigos, sus admiradores, los hijos de sus amigos y los jóvenes a los que conocía durante sus viajes. ¿En qué pensaba Tchaikovsky por las noches, cuando se iba a acostar? Leamos lo que dice su diario al respecto: “Antes de dormirme he pensado largo rato en Eduardo y he llorado mucho, ¿es posible que ya no exista? ¡No puedo creerlo! Pensaba en Zack y me acordaba de él. Lo recuerdo muy bien, como si viviera aún: el sonido de su voz, sus gestos y sobre todo aquella deliciosa expresión que a veces le iluminaba el rostro. No puedo imaginar que ya no exista. La muerte, es decir, su aniquilamiento total, es superior a mí. Tengo la impresión de que nunca he querido a nadie como a él”. Nadie sabe quién fue Eduardo, pero sí se sabe que fue el amor que más lo atormentó. Diariamente, escribía su diario bajo los efectos del alcohol y le dirigía sus palabras a este misterioso joven desaparecido. Es importante mencionar que su alcoholismo se deba a la poca aceptación que tenía de sí mismo, como puede verse en una carta que dirigió a su hermano Modesto en octubre de 1876: “Hay personas que no pueden remediar el despreciarme a causa de mi vicio. Deseo, por medio del matrimonio o de algún otro lazo público con una mujer, cerrar la boca de esas despreciables criaturas”.

Ese deseo se le concedió en 1877, cuando conoció a dos mujeres que se enamoraron de él perdidamente. Una de ellas fue Nadezhda von Meck, una mujer viuda, rica y amante de la música. Ella se había enamorado de la música de Tchaikovsky luego de haber asistido a un concierto en el que se tocaron algunas de sus obras. Entonces, le escribió al compositor para elogiar su música, y él no perdió la oportunidad para mandarle una carta en la que le pedía tres mil rublos. “Al mismo tiempo, le comunicaba su decisión de dedicarle, como ‘a la mejor amiga’, su *Cuarta sinfonía*. Al escribir se daba cuenta Tchaikovsky de que había un vínculo poco noble entre la petición de préstamo y la dedicatoria”. Como ésta era una cantidad insignificante para la señora Von Meck, ella le ofreció una renta mensual de mil quinientos rublos. Claro que Tchaikovsky la aceptó de inmediato. Y así, a lo largo de trece años, Nadezhda fue la mecenas del compositor. Dicen que esta relación terminó cuando la señora Von Meck se enteró de la homosexualidad de su amor platónico. Seguramente, ella quería en verdad al músico y tal vez por ese afecto que le tenía es que murió apenas dos meses después que él.

La otra mujer que conoció en ese mismo año fue una estudiante del Conservatorio, Antonina Miliukova. Un día, ella le pidió por medio de una carta que la fuera a visitar. Ese día estuvieron platicando de música y de sus vidas. Quién le iba a decir a Tchaikovsky que a los dos días recibiría las siguientes líneas de Antonina: “Usted ha visitado a una joven que vive sola, al proceder así, ha unido usted nuestros destinos. Si no quiere hacerme esposa suya, me mataré. Hasta el momento no había recibido nunca de noche la visita de un hombre soltero”. Desafortunadamente, el compositor cedió a este chantaje. Antonina aceptó la boda a pesar de que Tchaikovsky le dijo que no la iba a amar nunca. Apenas terminó la boda cuando Tchaikovsky se arrepintió con toda su alma de haber dado ese paso. “La cabeza de Antonina (escribió en su diario), está tan terriblemente vacía como su corazón”. Cuánto habrá sufrido que poco después de la boda intentó suicidarse arrojándose a un río con la esperanza de morir de pulmonía. Desafortunadamente para él, no logra morir. Durante su convalecencia, mira que Antonina se está cortando las uñas y se arroja contra ella con toda la intención de ahorcarla, pero su esposa logra escapar. Aunque nunca se divorciaron, Antonina y Piotr no volvieron a vivir juntos. En 1896, ella fue internada en un psiquiátrico hasta que murió en 1917.

Durante muchos años se ha sostenido que Tchaikovsky murió luego de tomar agua sin hervir, a pesar de que había una epidemia de cólera en San Petersburgo. También dicen que el zar, cuando se enteró de la muerte del compositor, dijo: “Tenemos muchos duques y barones pero un solo Tchaikovsky”. Sin embargo, cada vez es más difundida la versión de que el gran compositor ruso en realidad se suicidó. A partir de

1966, nuevos estudios ofrecieron otra versión según la cual el compositor se suicidó con arsénico. La razón era que un Barón de la sociedad rusa descubrió los amores de su sobrino con Tchaikovsky. Entonces, el noble escribió al zar pidiendo justicia. No obstante, la carta fue a dar a manos de un senador que había sido compañero de estudios del compositor. Este funcionario pidió entonces que se hiciera un tribunal de honor para juzgar el caso. Finalmente, el tribunal, para salvar el honor del joven aristócrata y de Tchaikovsky, lo condenaron a suicidarse. De esta manera, la reputación de todos los implicados quedaría a salvo.

A pesar de que Nina Berberova escribió la biografía de Tchaikovsky en 1936, cincuenta años más tarde agregó un prefacio a su libro para dar su versión acerca de la muerte del compositor. La escritora no cree en la versión del suicidio, puesto que en Rusia, a fines del siglo XIX, la sociedad de ese país era muy permisiva con la homosexualidad, pues muchos nobles y artistas tenían una vida muy abierta sin que nadie se escandalizara ni mucho menos pensara en denunciar. Por otra parte, Tchaikovsky tenía muchas relaciones que hubieran impedido una sentencia semejante. ¿No hubiera sido muy fácil para él escaparse al extranjero? La Universidad de Oxford, luego de valorar estas razones, decidió no poner la versión del suicidio en su Diccionario de Música, pero el reconocido Diccionario Grove, desde 1980, sí ofrece esta versión. ¿Qué difícil adivinar lo que hizo este genio tan temperamental y tan impredecible! [1]



Página autógrafa del Concierto núm. 1 para piano y orquesta de Tchaikovsky